

LA MUSA HEROICA Y AUSTERA DE DON MIGUEL ANTONIO CARO

Escribe: EDUARDO CARRANZA

El esclarecido linaje de los Caros se halla tan entrañablemente vinculado a la historia de la patria, que bien puede decirse que la crónica de esa familia se confunde, a trechos, con la historia de Colombia. Así como se ha hablado de la función representativa de algunas individualidades heroicas en el destino de los pueblos, puede hablarse también del influjo decisivo que sobre aquel ejercen algunas familias de poderosa vocación dominadora. Tal el caso de los Caros en Colombia. Aparece esa estirpe como una fuerte vena azul de Castilla prolongándose por tierras de América, fertilizándolas de ingenio, de poesía, de pasión por el espíritu, vertiendo a raudales castellanísimas virtudes. Porque son las virtudes esenciales de la raza española las que signan a estas gentes singulares: a don Francisco Javier, el abuelo irónico, cristianísimo y desencantado; a don José Eusebio, aéreo, radiante, nostálgico del cielo, Ariel americano, cantor de las amorosas soledades, que sigue siendo para nosotros el más grande poeta del primer romanticismo castellano; don Miguel Antonio, ese leonino y genial varón plantado como un peñasco en medio de la historia nacional y en quien tiene su cima de diamante el humanismo colombiano.

En lo que mira al orden de la poesía fue don Miguel Antonio Caro un clásico por temperamento y por deliberada intención. No un académico regresista en lo accidental y epidérmico de la expresión literaria. Un clásico exactamente que prolonga en nuestra literatura la más pura tradición castiza de Francisco de Rioja, de los Argensolas, de Rodrigo Caro y el anónimo autor de la Epístola moral. Y a esa actitud lo inducían poderosamente el prodigioso equilibrio de sus facultades, su contextura humanística, su fervor por los viejos escritores latinos a quienes, al parecer, leyó y amó más que a los modelos españoles de la época dorada. Así, el dejó de la antigüedad, la complejión latina del alma, se convierten en él en una segunda naturaleza, cuando logra superar el plano de las simples imitaciones eruditas. Poeta conceptuoso, su inspiración auténtica, su caudalosa originalidad, se ven frecuentemente ahogadas por un exceso de

intenciones polémicas, ideológicas, o simplemente políticas. Poeta consciente, reflexivo, el señor Caro trabaja sus versos con una majestuosa serenidad. Y en su espléndido gabinete de alquimista verbal, dispone, como un soberbio deus, de todos los elementos retóricos e idiomáticos para la construcción de sus deslumbradoras fábricas poéticas. Estaríamos tentados de llamarle "parnasiano", por su tersura, por su vigor, por el cuidado y pulimento de la estrofa, si aquella calificación no implicara ciertas características de una posterior estética afrancesada. Y si no existiera en su poesía —de tan templada elocuencia— una subyacente vena de pasión viril, de potente vitalidad, de orgullosa tensión moral, una onda de cálida vibración que corre, ancha y libre, bajo la sosegada epidermis de los versos e incluso, a veces una gentil y alada ligereza, como en aquella inolvidable y anhelante canción:

*Yo busco una flecha de oro
que niño de una hada adquirí,
y "Guarda el sagrado tesoro",
me dijo; "tu suerte está ahí".*

*Mi padre fue un príncipe; quiere
un día nombrar sucesor,
y a aquel de dos hijos prefiere
que al blanco tirare mejor.*

*A liza fraterna en el llano
salimos con brío y con fe;
la punta que arroja mi hermano
clavarse en el blanco se ve.*

*En tanto mi loca saeta,
lanzada con ciega ambición,
por cima pasó de la meta,
cruzando la etérea región.*

*En vano en el bosque vecino,
en vano la busco doquier;
tomó misteriosa camino
que nunca he logrado saber.*

*El cielo me ha visto horizontes
salvando con ávido afán,
y, mísero, a valles y a montes
pidiendo mi infiel talismán.*

*Y escucho una voz: "Adelante",
que me hace incansable marchar;
repítela el viento zumbante,
me sigue en la tierra y el mar.*

*Yo busco la flecha de oro
que niño de un hada adquirí,
y "Guarda el sagrado tesoro",
me dijo, "tu suerte está ahí".*

Los sonetos del señor Caro, que adolecen de cierta dureza formal y de cierta ausencia de musicalidad y blandura (apenas amanecía entonces Darío y lejos estaban Garcilaso y Fray Luis!) tienen una grave intensidad subjetiva, una noble entonación espiritualista, un austero perfume cristiano y nacional, (recordemos su entrañable soneto "Patria") una alta preocupación por los problemas morales del alma y el destino, resueltos siempre en el plano consolador de la filosofía cristiana. Y, así, hace contraste con los cantores atormentados de la duda (tales Núñez de Arce o Rafael Núñez) del pesimista siglo XIX.

*Tú, que emprendiste bajo albor temprano
la áspera senda con ardiente brío,
y ahora, inclinado y con andar tardío,
rigiendo vas el báculo de anciano:
torpe el sentido y el cabello cano
no te acobarden; ni en sepulcro frío
contemples, con doliente desvarío,
de rápido descenso el fin cercano.*

*Fúlgida luz la vista te oscurece;
argentó tu cabeza nieve pura;
cesas de oír, porque el silencio crece,
te encorvas, porque vences la fragura;
anhelas, porque el aire se enrarece;
llegando vas a coronar la altura!*

Para nosotros la mayor gloria poética de don Miguel Antonio Caro reposa sobre el inmovible pedestal de su oda "A la estatua del Libertador" (oda elegíaca la llamó don Diego Fallon; tal vez podríamos denominarla más certeramente elegía heroica). Es ésta un clásico monumento de sabias proporciones, de justa y serena arquitectura poemática, ejemplo de plástica perfección, de marmórea nitidez, de acabada pericia, de sobria elocuencia. Transcurren los versos con solemne andadura. Las ideas de la austera meditación ante la efigie del más grande entre los nacidos de los hombres, se desenvuelven con una tranquila ordenación. Y de pronto nos sentimos alzados, en alas de las palabras, a las más puras cimas de la épica. Recuerda los mejores momentos de Herrera, sin el énfasis pomposo del "divino" poeta de Sevilla. Todo el poema está pautado por una música grave y patética, "como un redoble de tambores enlutados". No canta al Bolívar gloriosísimo, abrazado en vuelo genial a su destino llameante, entrando en las abiertas capitales "entre al rafagueo de las banderas y el llamer de lanzas y clarines". Le exalta "hermoso y triste", contra el crepúsculo, en un aire de melancolía y heroico reposo. Si alguno dijo "el busto sobrevive a la ciudad", frente a esta excelsa elegía podemos afirmar que para el remoto futuro el poema sobrevive al busto.